ALELUYA

Catequesis sobre la Eucaristía

INPAS
Instituto Pastoral Apóstol Santiago

5

ALELUYA

En muchas ocasiones nuestra asamblea para expresar su alabanza y entonar cantos de alegría pronuncia esta hermosa palabra: "Aleluya". ¿Qué queremos decir con esta expresión? ¿Por qué la repetimos tantas veces?

El "Aleluya" proviene del hebreo. Es una invitación y un grito de júbilo. Ella quiere decir "alabad al Señor" y se usa en el Antiguo Testamento, especialmente en los Salmos. En la asamblea del Pueblo de Israel, reunido en el Templo o peregrinando hacia Jerusalén, los fieles expresaban su alabanza y su gratitud a Dios repitiendo una y otra vez "Aleluya". El salmo 106, por ejemplo, lo dice con claridad: "¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, desde ahora y para siempre! Y todo el pueblo diga: ¡Amén, Aleluya!" (Sal 106, 48).

La misma expresión se vuelve a repetir sólo en el Apocalipsis, en el Nuevo Testamento. "Los veinticuatro ancianos y los cuatro animales se prosternaron y adoraron a Dios, que está sentado sobre el trono, diciendo: "Amén, Aleluya" (Apocalipsis 19, 4).

La Iglesia en su Liturgia recogió esta palabra para poder expresar también sus alabanzas y su admiración por nuestro Dios. En especial cuando se anuncia la proclamación del Evangelio, la comunidad se prepara cantando porque viene para todos la Buena y la Mejor Noticia esperada con ansias por la comunidad. Por eso, el Aleluya no es la aclamación que sigue a la Segunda Lectura, sino la que prepara el anuncio del Evangelio.

De un modo muy particular en el tiempo pascual, la Iglesia estalla de alegría al anunciar la resurrección gloriosa de Jesús en la madrugada del Domingo. Entonces se entona con mucho entusiasmo y de manera reiterada: "Aleluya, Aleluya".

Se demuestra así el carácter alegre y festivo de nuestra celebración. Cada Domingo recordamos el Domingo glorioso de la Resurrección, el día de la victoria de Jesús sobre el pecado y la muerte. Con el canto del Aleluya se expresan nuestros sentimientos en relación a Dios. De Dios vivimos agradecidos. A Dios le tenemos confianza. Él nos llena de entusiasmo. Experimentamos su amor a cada paso. Vivimos rodeados de su ternura y de su bondad. Dios nos cuida y nos protege. Lo sentimos cerca y cariñoso. "Él es clemente y compasivo, lento a la cólera y rico en piedad". ¿Cómo podríamos, entonces, quedarnos en silencio? ¿Cómo no hacer fiesta y cantar llenos de gratitud? Por eso, en especial cuando se anuncia la Buena Noticia que nos alegra la vida o nos consuela en la tristeza, se nos hace imposible no cantar o no expresar bendiciones y gratitudes a este Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Por la experiencia de Jesús resucitado, cantamos Aleluya incluso cuando sufrimos el dolor, porque sabemos que ese dolor se transforma en alegría y se hace fecundo cuando morimos con Cristo para resucitar con Él. "El grano de trigo debe morir en la tierra para dar fruto".

A veces los cristianos somos excesivamente tímidos, para expresar nuestra alabanza a Dios. Hay quienes dicen "¡Aleluya!" con una cara de tristeza insoportable. Parecen no creer lo que están diciendo. Los que concurrimos a celebrar dominicalmente la Eucaristía, debemos hacer una y otra vez el ejercicio de conectar nuestros labios con el corazón para decir desde lo más íntimo de nosotros mismos: "¡Aleluya!", ¡A-le-lu-ya!"

Con esta aclamación se resume el ánimo y el sentido con que hacemos nuestra reunión comunitaria. Nuestro Aleluya no expresa tanto nuestra alabanza por lo que nosotros hemos recibido de Dios, sino por Él mismo, por su modo de obrar, por su forma de ser, por su afecto y su bondad. Tenemos que decirlo una y mil veces: Dios nos llena de gozo. Dios nos impulsa a amar la vida y a superar nuestros conflictos. Dios nos acompaña en nuestros caminos. Y unos momentos más adelante de nuestra celebración vamos a decir que es "verdaderamente justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias, siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, por tu Hijo amado nuestro Señor Jesucristo ..."

Sugerencias:

1. Terminada esta lectura se pone en los parlantes o en una radio el Aleluya de Haendel.

2. La plegaria eucarística se aclama varias veces con el canto del Aleluya.